

## y Conversos

Coordina:  
Eduardo G. RICO

«Herrumbosas lanzas», premio de la Crítica

### La desaparición del individuo

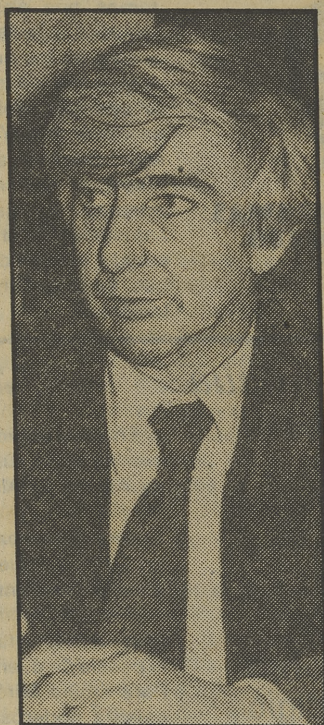
Por Elisabeth LUBINSKI

**L**A semana pasada se le concedió a Juan Benet el premio de la Crítica por su novela «Herrumbosas lanzas», publicada en otoño del 83. Se trata de una novela por entregas de la cual sólo conocemos la primera parte, los libros I-VI, el principio de la guerra civil en la imaginaria comarca de Región. Reduciendo el marco de la acción, y en este caso el término es literal, ya que gran parte de la narración se basa en descripciones de batallas campales organizadas por los habitantes de la comarca, Benet pretende hacer más patente la importancia del individuo en las situaciones históricas. «De la misma manera que el grano de la película sólo brota en la fotografía a partir de cierta ampliación, el individuo sólo es perceptible en un campo reducido.»

Siendo un enfoque válido para interpretar la historia de la guerra, que sobre todo pone de manifiesto la situación un tanto grotesca del ciudadano medio de provincias, sin embargo, se queda, la mayoría de las veces, en un simple anecdótico si se parte de la base de que lo que le importa a Benet es el individuo. El autor no sólo reduce el marco de la narración, sino que por lo visto también reduce, en muchos casos, a sus personajes y los convierte en clichés de sí mismos. Esto refuerza el ambiente ironizante y grotesco de la novela, la anécdota. Se dibujan perfectamente las nuevas relaciones de poder que se crean en la comarca al comenzar la guerra, el oportunismo político de la mayoría, sobre todo por ignorancia. Con adoptar el partido oportuno, en el caso de Región la adhesión a la república, muchos individuos de una microsociedad cobran una importancia que no hubiese conseguido jamás en una situación de paz. No existe conciencia política alguna; pero se toma como pretexto para justificar las venganzas, el pillaje, los abusos, injustificables en sí mismos. No es que se desee morir por una causa que en general se adopta porque los más cercanos vecinos y rivales han adoptado la contraria, sino que se desea demostrar la autonomía, la fuerza autóctona. La república se convierte en la última instancia que justifica todo, como el otro bando se justifica con su cruzada nacional.

imagen incompleta de su microcosmos y sin la suficiente curiosidad como para buscar matices y completar la imagen utilizando la obra anterior.

Benet desprecia el estilo, pero a veces parece que menosprecia al lector, ya que su exagerada ironía y las dificultades argumentales, aunque sea



ésta su obra más asequible, pueden llegar incluso a aburrir o a parecer concesiones a la galería de sus asiduos, un guiño de entendimiento para los iniciados.

La obra puede resultar interesante como anécdota de la guerra civil, con alguna reflexión deliciosa por parte del autor, monólogos interiores a la manera de Faulkner, pero sin partir del personaje central, que no lo hay, a no ser que en la segunda parte se descubra que el narrador es ese personaje central. Algún golpe de humor, alguna situación grotesca que merecen la pena, una buena descripción de la sociedad provinciana de aquella época; todo depende de si se es capaz de terminar de leer la obra con los nervios en una más o menos buena situación.

Pero el individuo desaparece en la obra de Benet; no queda nada de la angustia de la guerra, de los planteamientos personales. Los personajes están matizados y no consiguen crear una situación creíble. La mayoría de ellos aparecen, como también Región, en anteriores obras de Benet. Por tanto, los únicos capaces de verlos en su totalidad son los asiduos del autor. Los que se acercan por primera vez a su obra se quedan con una

Se acaba de publicar la versión española de «Extraviados»

### Tristan, el Goncourt aprendiz de brujo

A Tristan le concedieron el año pasado el premio Goncourt, sin duda el más prestigioso de cuantos se dan en París. No sabemos si son elogiosos los juicios de la izquierda. «Liberation» le califica de «gentleman falsario», y «Le Monde», de mixtificador y místico. Jacqueline Piatier —recuerden su célebre entrevista con Jean Paul Sartre en los primeros sesenta—, que es rigurosa, ve la novela como perteneciente a la época barroca, «de la que utiliza todas las recetas: parodias de la novela negra inglesa, juegos, máscaras, ecos, reflejos, empleo en clave de hechos y personajes históricos». Es contundente la Piatier en sus formulaciones críticas: «... esta creación, ingenua y astu-

**N**O lo decimos nosotros, que aún hay tiempo para el análisis crítico de la novela «Extraviados», cuya versión española acaba de aparecer. Ha sido el comentarista de «Le Figaro» el que ha llamado a su autor, Frederick Tristan, «el aprendiz de brujo de la escritura». Otros, el de «L'Express», por ejemplo, han lanzado las campanas al vuelo: «Tristan es un novelista superdotado.» Más lejos ha llegado «France-Soir»: «Frederick Tristan ha escrito la gran novela de la temporada.»

ta al mismo tiempo, nos proporciona una extraña mezcla de folletón a lo Dumas y de epopeya metafísica». Por su parte, Paul Guth advierte que es «una novela grandiosa, jadeante, terrible, en la que se despliega por completo la voluptuosidad de contar, la embriaguez de encadenar episodios...». Y Jean Etevenaux observa que «Extraviados» señala la muerte del «nouveau roman». Para L. C., del

«Quotidien de París», «es la historia de un pacto fáustico...». «La vie» —Claire Moreau-Shirbon— piensa que «el autor une a su asombrosa erudición sensacionales elementos novelescos. Más allá de los viajes por el mundo atormentado de la preguerra y de los personajes cautivadores que nos ofrece, esta brillante alegoría merecería en efecto el premio que ha recibido».

cos periodísticos. ¿Y qué piensa el autor de este éxito fulminante, puesto que «Extraviados» es un «best-seller-sanator»? Son curiosas sus opiniones sobre el fenómeno que protagoniza y su definición como escritor. Dice Tristan que utiliza en «Extraviados» una imagen que me gusta porque pienso que sintetiza muy bien todo esto: la del hombre que pintó Goya con la camisa blanca y los brazos en cruz negando los fusiles que van a matarle. Tal vez por ello los fusiles no lleguen a disparar tenga fuerza para conseguirlo. Y relata sus comienzos siendo muy joven. «Un día —recuerda— visité a André Breton.» «Eso está bien

● Así opinan los críticos

(Pasa a la página 4.º)

### El azul de María Aurelia Capmany

«**E**L color más azul», recientemente traducida al castellano por Planeta, es, sin duda, una buena versión de «Lo color mes blau», novela epistolar y efímera visión de Barcelona, escrita por la pluma siempre interesante de María Aurelia Capmany. Es, por desgracia, poco frecuente la traducción al castellano de la literatura catalana; también lo es poco frecuente en la dirección contraria. Ese fenómeno no suele ocurrir de cara al mercado cultural interior con otras literaturas: francesa, inglesa, etc., de España hacia fuera. Lo sabemos, es, desde siempre, otro cantar. Yo leí la novela en catalán el pasado verano. Creo que es una buena novela, un texto bien estructurado y, cosa curiosa, «El color más azul» es, ante todo, un buen ejemplo de novela lírico-epistolar.

El género lírico no es algo excesivamente frecuente en nuestro país. Desde luego, nada más alejado de las letras tradicionales catalanas, ancladas en lo que a la novela se refiere, en una especie de letargo, más propenso, desde luego, a una descripción de la decadencia de la burguesía catalana que a otros menesteres. La misma María Aurelia Capmany es un buen ejemplo clásico de ello. Montserrat Roig lo sería de una actualidad posterior, obviamente, a la posguerra.

El texto de María Aurelia Capmany es básicamente una larga, irónica y evocadora sucesión de cartas que nos va contando Catalunya. No tanto desde la clásica síntesis histórica, sino desde la remembranza interior de dos mujeres, especialmente Delia, que se van contando la vida, separadamente, separada vida de

burguesía en un caso, proletaria-revolución república, y exilio otra.

Difícil ejercicio este de la lírica epistolar. Difícil porque no ha sido nuestro país lugar apropiado para ello. Nuestra literatura no ha sido que digamos en exceso amante de los interiores. Nuestra literatura mayormente ha sido un ejercicio arbitrario y desmedido de galdobarojanismo. Y por ello es por lo que quizá urja recuperar formas de expresión y estilo diferenciadas en su planteamiento y temática de la estructura convencional de la novela.

Leer la vida como una autobiografía histórico-narrativa es lo que esta magnífica novela de M.A.C. realiza. Sería conveniente que este ocasional trasvase lingüístico, propiciado por Planeta, no fuese el gesto aislado, la novedad, sino el inicio de una normalización que dos culturas como la castellana y la catalana obviamente merecen. Comenzar con una escritora como M.A.C. es una magnífica forma de encontrarse. Todavía, pese a todo, son modestos los intentos: no basta sólo M. Roig o P. Gimferrer. Es preciso enterarse sin fascismos lingüístico-ideológicos de la vieja y compleja pluralidad de nuestras literaturas. Quizá entonces la tradicional y noventa y ochista cuestión del ¿qué somos? nacional comience a diluir su sentido. Paso este, según exhortaba Wittgenstein, previo para aclarar los ridículos tenebrismos de los malos usos del lenguaje, en este caso, del secuestro y desolación mutua, a que la ignorancia y el fascismo han sumido a dos lenguas y a dos culturas.

JOAQUIN CALOMARDE



# LOS DIEZ MANDAMIENTOS

## Política y ciencia natural

María del Carmen Iglesias  
El pensamiento de Montesquieu  
Alianza Universidad



«El pensamiento de Montesquieu», de María del Carmen Iglesias. Alianza Universidad.

He aquí una importante aportación al más amplio conocimiento del siglo XVIII, que es el que inventa las ideas y valores constitutivos del orden mental occidental. La autora profundiza en el pensamiento de Montesquieu, «fundador de la ciencia política» y «precursor de la sociología», que suministrará «los primeros instrumentos modernos para abordar lo que con el tiempo será definido como espacio constitutivo de las ciencias sociales». En opinión de la autora, en Montesquieu «podemos encontrar los rasgos de toda su época y de su filiación social e intelectual, pero también una serie de niveles distintos que de alguna forma la trascienden». Leer a Montesquieu, escribe María del Carmen Iglesias, «sin complacencia ni anacronismo, sin intentar enrollarlo en nuestros particulares combates, que no fueron los suyos», puede suponer un ejercicio intelectual y moral altamente saludable.

## Nuevo periódico

la Gaceta del libro

CHOMSKY, UNA REFLEXION CRITICA DESDE EL INTERIOR DEL IMPERIO

Hacia la computopia del año 2000

LA REFORMA PENAL DE 1983 Y SUS CONSECUENCIAS SOCIALES

«La Gaceta del Libro», núm. 1, del 1 al 15 de abril. Revista quincenal.

Una nueva revista bibliográfica y literaria, «La Gaceta del Libro», ha nacido para orientar a los muy aficionados a la lectura. La dirige Andrés Moratinos, que figura al frente de un equipo en el que están Javier Aparicio, René Palacios More, Rafael Castellanos, Josep Cots y Ramón Planes. La edita Provisa, una sociedad anónima dedicada a promociones bibliográficas, y será quincenal su periodicidad. En este primer número colaboran una gran diversidad de escritores, entre ellos José Esteban (que firma como asesor), Jesús Vicente Chamorro, Mauro Armiño, Dolores Badía, Miguel Beltrán, Juan Manuel Bonet, Luis Antonio de Villena, Carlos Elordi, Pedro Martínez Montañez, Fanny Rubio, Clemente Auger, Javier Goñi, Juan Cueto, Lourdes Ortiz y otros. Contiene, además de breves críticas de libros de actualidad (muy numerosas) y de una información bibliográfica exhaustiva, trabajos de varios especialistas sobre la reforma penal.

## Técnicas de supervivencia

RÜDIGER NEHBERG  
Manual del Aventurero



«Manual del aventurero», de Rüdiger Nehberg. Editorial Martínez Roca.

No sabemos verdaderamente si estamos ante un libro que se dirige de modo especial a las bandas fascistas o a algunas agrupaciones de guerrilleros. El aventurero del siglo XX suele revestir el perfil de un mercenario o de un liberador, y la aventura se desarrolla en países del Tercer Mundo. Sin embargo, Rüdiger Nehberg, en el «Manual del aventurero», ha pensado en situaciones-límite de «estado de emergencia, catástrofes naturales, grandes accidentes, desgracias aisladas», que pueden surgir de modo imprevisto en el mismo corazón de los países más poderosos y organizados. El autor, economista en Colonia, ha viajado por todo el mundo en trabajos ocasionales y aspira a que «lo que leas te enseñe a ser tolerante ante los extraños, a adaptarte y ser servicial, lo que ayuda al entendimiento entre los pueblos». El nos lo desea y se lo desea a él mismo.

## Garrigues, el premiado

LLUVIAS DE HIERBA



«Lluvias de hierba», de Eduardo Garrigues. Editorial Planeta.

Premio Café Gijón en 1961 —a los diecisiete años de edad— con el «Canto del urogallo», premio de cuentos Pío Baroja, en 1973, con «Artículo sexto». Eduardo Garrigues publica ahora su novela «Lluvias de hierba», que aparece simultáneamente en Nueva York bajo el título de «The grass rain». En esta su última novela, el diplomático-escritor, que conoce, por este oficio, muy bien Kenya, región africana donde se desarrolla su relato, se sirve de una diversidad de estilos y fórmulas literarias que se extienden desde el llamado género negro hasta la novela de aventuras. El autor narra sin atender a esquemas formales, y además de un relato de puro entretenimiento, nos ofrece, seguramente sin pretenderlo, un interesantísimo análisis sociológico de la realidad africana, con las contradicciones entre las distintas capas sociales, colonos, nativos, cazadores. La trama incide asimismo en la realidad política, tan conflictiva.

## Fecundidad e intimismo



«Antología», de Vicente Andrés Estellés. Colección Visor.

Son autores de la selección y la introducción de esta antología de poemas de Estrellés Jaime Pérez Montaner y Vicent Salvador. «Conviene recordar —escriben— que Estrellés es un poeta dedicado en silencio, durante muchos años, a la tarea paciente de escribir y contarlo todo; y tal vez, durante una larga época, con pocas esperanzas de que sus versos vieran la luz de la imprenta.» Los introductores entienden que el tema de la muerte es uno de los más frecuentes en la poesía estellesiana, y otro de sus grandes filones es el amoroso, en dos vertientes: la familiar, el amor hogareño, y la erótica «con características populares vinculadas a la literatura erótica valenciana». Además, Estellés, «que intenta la hazaña prometeica de construir un lenguaje poético a partir de los clásicos valencianos del siglo XV, la poesía catalana de nuestra centuria y el lenguaje coloquial y degradado de la Valencia actual, manifiesta un vasto conocimiento de la poesía universal».

## Ya tienen alas

Sobremesa

LA CERDANYA: ARMONIA DE UN VALLE ROTO  
VEGA-SICILIA: REFRATO EN GRIS



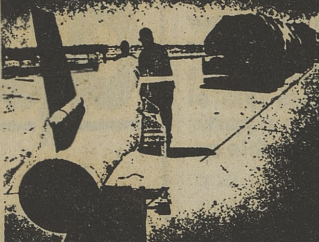
«Sobremesa», revista de vinos y gastronomía, número 3, abril de 1984.

«Ya tenemos alas» escriben los editores de esta revista, que nace de la separación de dos empresas, y tras la revista de un club llamado Vinoselección. «No se trata de un estéril esnobismo, sino de un afán, sano y vivo, de buscar y descubrir aquellos aspectos nuevos y aquellas individualidades que enriquecen la vida», añade el editorial. «Sobremesa» quiere así convertirse en la revista «de quien ama este sortilegio cotidiano de la vida, del individualista que, ávido de conocimientos concretos, busca y mira con interés una manera local de irrigar las tierras o de pescar en la mar, de cocinar un plato o elaborar un vino». Crean los promotores que haya un público «con inquietudes, que nos siga en nuestro camino y comparta nuestros descubrimientos». La edita Massimo Galimberti, con Juan Manuel Ibáñez, Rafael Chirbes, Gloria Zorrilla, Alvaro Nebot y Luis G. Artime, entre otros, en el equipo.

## La cuestión palpitante

ASOCIACIÓN DE PERIODISTAS EUROPEOS

La defensa de Europa: OTAN sí, OTAN no

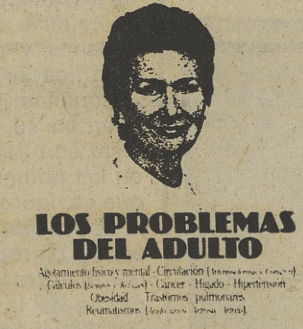


«La defensa de Europa: OTAN sí, OTAN no», de la Asociación de Periodistas Europeos. Argos Vergara.

Este año, como seguramente los próximos, la disyuntiva OTAN sí, OTAN no será, en España, la cuestión palpitante. En la primavera de 1983 se convocó un seminario sobre «las alternativas de la defensa de Europa». Lo organizaron la Asociación de Periodistas Europeos, la Fundación Pablo Iglesias y el Movimiento Europeo, y se desarrolló en Toledo. Se compuso el seminario de tres sesiones: en la primera se trató, bajo la dirección del teniente general Gutiérrez Mellado, de los planteamientos estratégicos; en la segunda, se estudió el tema «Armamento y defensa», y fue presidida por el general Maurice Bret, de las fuerzas aéreas francesas. En la tercera se planteó la cuestión «¿Defensa europea u occidental?», bajo la presidencia de Fernando Claudín. En este libro, Leonardo Cáceres nos ofrece una selección de las diversas intervenciones.

## Los males de los mayores

ANA MARIA LAJUSTICIA BERGASA



«Los problemas del adulto», de Ana María Lajusticia. Plaza Janés.

Ana María Lajusticia Bergasa quiere darnos, de entrada, una justificación de su libro. Nos dice la señora Lajusticia que «yo no soy una escritora en el sentido de una persona que escribe con un hermoso, escogido y variado vocabulario y con unas bellas frases». Tampoco se lo exigen así los temas que aborda, sin duda muy prosaicos, relativos a la salud en la edad madura. Parte la autora de los nuevos enfoques de estos problemas desde los más recientes descubrimientos de la biología molecular. «Soy una química que escribe», dice. Y estudia la química fundamental «que permite a los seres vivos reproducirse; crecer y vivir moviéndose y a los humanos, además, trabajar, pensar, crear...». Se ocupa Lajusticia de la relación entre alimentación y salud y lo hace con un sentido práctico, de modo que su enseñanza pueda ser útil a todos los lectores.

## La voz antigua

Araquel de ensayos/2

Aurora de Albornoz  
Leopoldo de Luis  
Emilio Miró  
Arturo del Villar

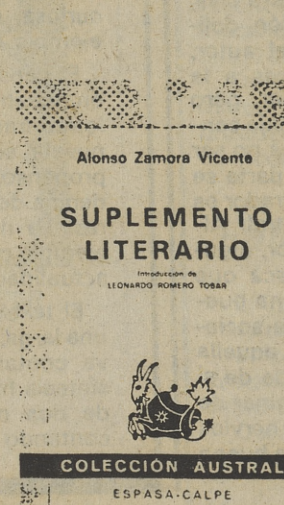
El viejo pobre poeta prodigio LEON FELIPE

Los libros de Fausto

«El viejo pobre poeta prodigio León Felipe», los Libros de Fausto.

En esta edición homenaje a León Felipe en el centenario de su nacimiento se incluyen trabajos de Aurora de Albornoz, Leopoldo de Luis, Emilio Miró y Arturo del Villar, «Voz-grito —escribe Aurora Albornoz—, fueron las palabras lanzadas en 1937 y siguen siéndolo las palabras lanzadas a todos los vientos y mares en el primer libro de desterrado, escrito en el mar, concebido para ser leído en voz alta, altísima.» Leopoldo de Luis ve la poesía de guerra «como tragedia de la soledad». Para Emilio Miró, León Felipe «dará también su palabra poderosa y atormentada al hombre sin adjetivos, a la universalidad humana». «Su poesía era arengaria —piensa Arturo del Villar—, de mitin en la plaza pública, y en consecuencia debía ser palabra en el tiempo, como dice el verso de Machado.» Espléndido homenaje al poeta el de los Libros de Fausto.

## El escritor Zamora Vicente



«Suplemento literario», de Alonso Zamora Vicente. Austral, Espasa-Calpe.

Intensamente dedicado desde hace años a una detenida y minuciosa investigación en la Real Academia Española, se olvida con demasiada frecuencia la condición de gran escritor de Alonso Zamora Vicente. Sus relatos y sus ensayos revelan la realidad de una gran personalidad creadora y crítica. Premio Nacional de Narrativa, con «Mesa, sobremesa», en 1980, y Premio Nacional de Ensayo Miguel de Unamuno, en 1969, por «La realidad esperpéntica», y estudio sobre «Luces de bohemia», de Valle-Inclán, le acreditan como excelente novelista y analista excepcional. En esta edición se recogen, bajo el título común de «Suplemento literario», artículos publicados en distintas fechas, con una interesante introducción de Leonardo Romero Tobar, que ha seleccionado los veintidós textos aquí reunidos. No se atreve Romero Tobar a clasificarlos genéricamente. Se pregunta: «¿Artículo, poema en prosa, escena costumbrista, relato?»



**Sin secretos**

## Ortega y Gasset, una lectura política

UNA lectura política de Ortega, realizada por Antonio Elorza, tiene que ser un estudio serio y riguroso. Nadie puede poner en cuestión una decisión adoptada por jueces tan estrictos e implacables como Hans Magnus Enzensberger, Luis Goytisolo, Román Gubern, Salvador Clotas, Xavier Rubert de Ventós y Jorge Herralde. Nadie puede tampoco discutir que Antonio Elorza vuelve a subir a la tribuna del libro con sólidas garantías intelectuales. Le avalan su labor docente, su actuación civil durante la dictadura y una serie de libros, entre los que queremos destacar «La ideología liberal en la Ilustración española». Ahora recibe el duodécimo premio Anagrama de Ensayo. Su libro «La razón y la sombra», una lectura política de José Ortega y Gasset, obtuvo cuatro votos de los cinco —Jorge Herralde no vota: bastante hace con patrocinar y editar—, siendo ese quinto misterioso para «En busca de la arquitectura», de Ildefonso Muñoz. Algunos querrán saber seguramente quién manifestó esta preferencia, quién dijo que el de Muñoz era el libro mejor. Al Discreto le han contado al oído que fue Rubert de Ventós, pero de estos productos de la chismografía no hay que hacer demasiado caso.

El Jurado espera que la publicación del libro premiado dé origen a polémicas. Elude, dicen, la hagiografía beata y la descalificación apriorística por motivos ideológicos. Se sabe en efecto que si durante el largo tiempo de la oscuridad dictatorial fueron los padres de la Iglesia los que respaldaron, con su su-puesta autoridad, la «cruzada» contra Ortega, y algunos de ellos desencadenaron su furia contra el filósofo hasta en forma de de-

nuncia política entonces; ahora, el asalto a Ortega llega desde posiciones de izquierda, aunque se conozca la mayor tolerancia del progresismo; los curas más fanáticos, nunca perdonaron a Ortega su profesión de liberalismo. Antonio Elorza, que es un hombre de izquierda, propone, según los jueces de Barcelona, la lectura histórica, en la que aparece el Ortega zigzagueante en sus opciones políticas («con una sorprendente sensibilidad hacia los

cambios materiales hasta el punto de convertirse en el líder de opinión que mejor refleja el proceso de nacionalización de la economía española en la coyuntura alcista de 1915-19»). Más adelante, sus proyectos políticos «cobran un tinte cada vez más conservador». Siguiendo a Elorza, «el punto de llegada de ese movimiento en tijera es su confrontación con la segunda República, preludio del silencio político de las dos últimas décadas de su vida». Está claro; el hecho de que Elorza eluda tanto la hagiografía como la descalificación apriorística no quiere decir que los

resultados de su análisis vayan a ser muy amables para el pensamiento orteguiano.

**Juan Benet, peligroso presentador**

Así lo dicen en Oviedo desde hace un par de años. El presentador hizo sufrir al



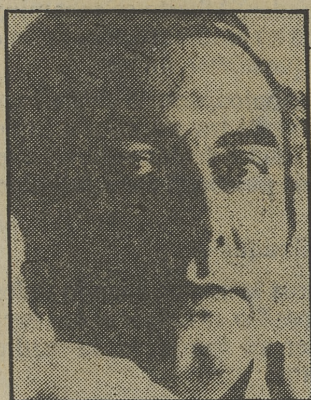
José Ortega y Gasset y la política en lectura de Antonio Elorza

Supo escabullirse de la seducción del ingenio de Juan Benet. Pero Eduardo Garrigues no se inmutó. Las enseñanzas de la carrera le ayudan a cruzar, sin un solo gesto de agravio, los complicados vericuetos de una presentación benetiana, prueba dura. Más duro es atravesar la selva de Kenya, oficio que Garrigues conoce bien.

**Fiesta asturiana en el Real**

Asturias, ha escrito Antón García Abril, es un pueblo que sabe cantar. «Lírica asturiana», «Proyecto», de este maestro, constituye «un modelo de planteamiento». Una promoción de la cultura desde la misma sociedad. En el Real, a teatro lleno, se conoció el «Proyecto». José León Delesta dio continuidad poética a los textos. Delesta, asturiano, ha vivido extraño en su pueblo. Suyas son, en el «Proyecto», aparte de esa continuidad que ha influido a los textos ya populares, cuatro canciones que hincan sus raíces en la sustancia de la música tradicional: «El canto del orgullo», «Adiós Xana», «El Naranjo de Bulnes» y «Madre Asturias». Joaquín Píxan, el cantante, hubo de repetir esta última mientras el público aplaudía y lloraba. Diez minutos de aplausos. Al tenor se unieron en los saludos García Abril y Delesta. La universalización de lo tradicional. Nueva dimensión para las canciones populares.

**EL DISCRETO IMPERTINENTE**



Eduardo Garrigues



José León Delesta

## Crónica de una musa lejana

A. SABUGO ABRIL

**B**EATRIZ, Laura, Isabel. Eran nombres; anillos de laurel y no de oro, unidos a Dante, Petrarca, Garcilaso. Pasiones, padeceres, irrealidades. Pero Rita es una imagen (vale más que un buen endecasílabo) una metáfora de celuloide. Las palabras se doblan y enmascaran, pero los labios no pueden disimular la línea de seducción. Los poetas de Hollywood, troveros de Rita Hayworth, han vuelto a sacar sus plumas oxidadas y sus diarios de amor, ya sin tapas, para escribir otra vez los poemas más enamorados a la hermosa musa, estrella de sueños prohibidos. (Queremos tanto a Rita.)

Hubo un tiempo en que el cine, condenado con «erres» en las puertas de las iglesias, como las tesis de Lutero, era el paraíso de la imaginación, o el infierno, acomodado en butacas rojas; filas finales con alguna chica en las largas, lluviosas tardes de invierno. O un mundo a solas, ante la pantalla fascinadora, esa sábana-quimera, confidente.

Entonces por unas monedas se compraba un refugio atómico. La bomba de la vulgaridad o el aburrimiento caía sobre las aulas, en los paseos, el trabajo. En la habitación, a oscuras, hablaba, seducía con sus labios-tentación, Rita. Era una imagen de carne y alma, musa y hembra, esa simbiosis perfecta que casi nunca alcanzaron los poetas. Los más libidinosos se estremecían ante el «strip-tease» del brazo-cuerpo de Gilda. (Desde entonces un brazo desnudo fue también un cuerpo tentador.) Cuentan las crónicas que hubo hasta desmayos de espíritus muy sensi-

bles, como muchos años después ocurriría con la película-documental «Helga» de curioso recuerdo. (Eran los prolegómenos a la teoría de la liberación sexual, por vía visual, que diría Cueto.) Los poetas se fijaban en el encanto de Rita, mujer/ángel, luzbella.

Algunos hijos de Saussure y de Baudelaire que iban para semiólogos de fuste, empezaron a escribir ensayos de 99 páginas sobre las diferencias entre «sexo» y «sexy». Años después los más jóvenes leerían regocijados aquel ludibrio sexual, entre la pornografía ballestera del Madrid canalla y promiscuo y la mística como sufrimiento y liberación. El sexo era lo vulgar, lo hortera, Marilyn. Y el «sexy», la sublimación, el refinamiento, la aristocracia. Hubo trovadores provinciales que se creyeron Guillem de Bergadan o Aimeric de Peguilhan; después de escribir muchos poemas a su dama lejana, iniciaron una colecta en las aulas universitarias, en las



plazas y los mercados, pidiendo aguinaldos para sus guitarras tunas. Se proponían una expedición hasta Hollywood, cruzada y romería, para presentar sus poesías incompletas a la reina altiva, dama Rita. (Aquellos muchachos de sueños celuloideos que veían a Gilda en la cara de sus novias y recibieron más de una bofetada de ellas cuando después de un beso susurraban: «Rita, vida mía.») Rita era una musa, resumen de una idea concretizada en una imagen. El sueño, con espinillas adolescentes, padeceres, perturbaciones, por captar la realidad de los deseos, se convertía en mujer.

La televisión —esa vecina que siempre está en tu casa con todos los dimes y diretes de la vecindad nacional— mete a Rita/Gilda en la casa conyugada de los poetas pro-

## Queremos tanto a Rita

vinciales y llega la desestabilización emocional. El antiguo vate, ahora consejero de la Caja de Ahorros, académico de letras de cambio y cofrade mayor de la «buena mesa», hermano de los vinos generosos, patrono de los niños cantores de su barrio y otras nominaciones curriculares, vuelve a sus pasiones iniciales: se corta el pelo a la antigua usanza, se tiñe las canas. Compra unos carteles y revistas sobre su antiguo amor, dormido, pero no muerto. Adorna paredes y cuartos oscuros. Y en la larga noche, vuelve a escribir «Sonetos de amor a mi musa lejana».

Rita Hayworth, chica de revista, modelo, vampiresa, señorita con piel de lujuria, con la poética cotidiana de la televisión, se introduce en el cuarto de estar del escritor afamiliado, recobrado para la buena y sana sociedad; una gloria carrozona, con camilla posgaldosiana y zapatillas de cuadros; un patriarcado en los berenjenales de las letras. Pero Rita es una imagen perturbadora que da vueltas en los cines del pasado, aquellos reductos donde el amor era un sueño de sesión continua, refugio de la lluvia en la calle, paraíso, de lozanas de un día y musas azules en la posguerra gris, sin erotismo posible.

La mujer sorprende un día a su marido-poeta,

en traición, largo tiempo dormida, con una fotografía de Rita Hayworth, en boca de rosa abierta, como mandaba el tecnicolor antiguo, ese deseo que estremece, otra vez, a los televidentes. Una mujer engañada por Rita es una enemiga de la frivolidad celuloidea, de las estrellas de Hollywood, cristal de bohemia, suspiros de champán, caras de estudio y maquillaje, muñecas irreales. La esposa, ganada por la causa feminista, liberada de lujuria, ese perfume tan caro, amonestada al marido no por su amor oculto, sino por caer tan bajo: «un intelectual que ve televisión». La esposa ha dado en el punto flaco del escritor, ha descubierto su atracción inconfesable por la enemiga. (¿Contra qué ente escribir un artículo agresivo la próxima semana?) La esposa sabe que Rita Hayworth es una imagen, que vale por mil cartas de amor, pero la televisión es el tambor del pueblo, contra el que todos tienen derecho a tirar una pedrada o darle un garrotazo.

En el cine, Rita era una invitación, entre ingenua y provocativa; una invitación en aquella juventud sin erotismo, donde los poetas tenían que consolar su hormona lujuriosa mirando los desnudos del Prado. En la vida familiar, introducida en la lectura televisiva, Rita es una provocación, un lujo de concupiscencia a la hora de la cena,

cuando la mesa es un desorden de raspas de pescado, migas de pan, mondas de naranja, amenazas de la esposa, llanto de los niños; hasta el perro ladra a Rita Hayworth, como si temiese perder el cariño de su dueño. El poeta desconsolado, se arrellana en su sillón de comodidades familiares y huye, escapando de la guerra diaria, a un cine de provincias.

Rita Hayworth es una imagen de baile: pierna hasta el paraíso de una liga. Es un seno, tembloroso, con lentejuelas brillantes. Es un brazo desnudo, como si fuese un cuerpo total, en ceremonia de «strip-tease». Es una cara de esplendor. La provocación de la boca-rosa. El cine es una noche donde sólo brilla Rita Hayworth, mientras sus amadores se la disputan en silencio, sin compartirla con nadie.

El poeta sueña. Pero su mujer feminista, universitaria le despierta: «Vergüenza debería darte ver televisión. Escribe un ensayo sobre Marcuse.» La imagen de Rita Hayworth queda electrocutada por un botón en ese pequeño teatro de marionetas que es un televisor. El poeta comprueba que su Rita es una antigua muñeca de cera, destrozada y olvidada, por donde pasan los celos de su mujer, la risa de los niños y el ladrido del perro.



## El cuento de la semana

## «Pocas y muchas palabras»

Por Vitaliano BRANCATI

Esta semana aparece la versión castellana de «Sueños de vals», una selección de cuentos de Vitaliano Brancati, uno de los grandes escritores satíricos de la Italia de la guerra y la posguerra, que se dedicó especialmente a la enseñanza, al periodismo y al cine. Sus temas se inscriben en una ancha gama que se extiende de lo costumbrista a lo grotesco. «Pocas y muchas palabras» es uno de sus breves relatos más significativos. Argos Vergara ha editado ahora el libro de Brancati.

El silencio, en Sicilia, no ha sido distribuido equitativamente. Hay hombres que siempre están hablando, y otros que siempre están callados.

Entre estos últimos, estaba mi primo Alberto. Mis tíos habrían pagado cualquier fortuna por oírle decir una palabra, y se sentían incómodos al volcar su enorme afecto sobre un hombre que sin duda, poseía una profunda vida interior, pero que desde fuera parecía hecho de tela y de goma.

Alberto no se despertaba tarde, pero se levantaba de la cama tardísimo, porque ningún espectáculo complacía tanto a sus ojos como la densa oscuridad. Adentraba su mirada en las tinieblas que tenía ante él, ignorando si miraba lejos o cerca, y volvía la boca del revés para tocar con el interior de los labios el borde de la sábana que le tapaba hasta la nariz. Así pasaban dos horas. Luego se levantaba en zapatillas, y permitía que entrara en la habitación un pequeñísimo rayo de sol. Vagando desnudo por esta penumbra, rebuscaba en los cajones y en los armarios, arrojaba al suelo todos los objetos que abarrotaban las butacas, hasta que entreabría la puerta y gritaba:

— ¡Un par de calcetines!

Su voz no podía ser mejor recibida en la cocina, donde su madre se lavaba diligentemente las manos, y murmuraba:

— ¡Alberto!

En el mismo momento, el padre, desde el estudio, gritaba a su mujer:

— ¡Llama Alberto!

La camarera, dejada la escoba, salía del pasillo diciendo:

— ¡Llama el señorito Alberto!

La portera hacía sonar la campanilla del patio para advertir, con una mano sobre la boca:

— ¡Me parece que llama el señor Alberto!

Todos esperaban que, aquella mañana, Alberto habría añadido alguna palabra a las habituales; pero al poco rato, la esperanza se había desvanecido: Alberto cogía en silencio los calcetines de las manos de su madre y, con una mueca de disgusto, daba a entender que no le gustaban. Si la madre preguntaba: «¿Quieres otro par?», el hijo sacudía levemente los hombros y fruncía los labios.

Al mediodía, al volver a casa, Alberto no acudía di-



rectamente a la mesa, sino que iba a echarse sobre la cama, con un pie en el suelo y un periódico deportivo abierto ante sus ojos. Si alguien llamaba a la puerta, no respondía. Al final, había que entrar y preguntarle con desenvoltura:

— Alberto, ¿por qué no respondes?

Entonces, para no responder, Alberto se encaminaba a la mesa y se sentaba en su sitio, tapándose con el periódico en el que parecía que mirase sin leer.

Por la tarde, pedía los zapatos, con la misma voz con la que, por la mañana, pedía los calcetines. Era el único momento en el que la madre deseaba que no dijese nada, porque, si decía seis palabras, éstas infaliblemente eran:

— ¡Qué clase de betún usáis aquí!

Regresaba a casa ya entrada la noche, cuando todos estaban en la cama. Si en el pasillo, al colgar el sombrero en el perchero, hacía caer un sombrero, la madre desde su habitación preguntaba:

— ¿Alberto?

Y Alberto respondía con un ruido sordo de la garganta muy parecido a un acceso de tos.

Así, desde hacía veintisiete años, vivía en el más absoluto silencio, cuando se enamoró.

La señal de aquel extraño acontecimiento corrió a cargo de una cancioncita, precisamente *¡No te vayas!*, que ya no abandonó los labios de Alberto. La madre escuchaba estupefacta este insólito y continuo sonido procedente de los labios de su hijo. Pocos días después, una anciana señora desveló el misterio:

— ¡Ah, estos jóvenes! ¡Qué pronto pierden la cabeza! Yo he prometido no decir nada...

Y dijo el nombre y el apellido de una joven, la dote, la dirección y la edad.

Empezó para Alberto una vida singular. Se levantaba a las ocho e iba a refugiarse al oscuro cuartito en el que estaba instalado el teléfono. El cuartito formaba parte de un pasillo, pero Alberto volvió a colocar sobre sus goznes una vieja puerta de cristales, a través de la cual quien pasaba por el pasillo le veía curvado sobre el auricular y débilmente iluminado por el balcón que daba al pequeño patio. Hablaba hasta las nueve, luego se iba a la oficina. Después de comer, volvía a encerrarse en el cuartito y allí permanecía hablando desde la una hasta las cuatro. Por la noche, apagaba la lámpara central del pasillo y, confortado por la rojiza claridad de una bombilla de tres bujías, siempre encendida ante una imagen religiosa, hablaba durante otras dos horas.

Calculamos que este joven taciturno producía continuamente palabras durante seis horas al día. El estupor creció con el paso del tiempo; llevaba ya tres meses con semejante vida. En junio, se arregló un camastro sobre el arcón que estaba bajo el teléfono, y recostado sobre él, con una taza de café sobre una silla próxima y el cigarrillo en la boca, continuaba hablando quedamente. Los que entraban por el pasillo veían durante horas y horas la punta de sus rodillas movida por un ligerísimo balanceo. Luego abría la puerta de cristales, y salía acompañado de una densa nube de humo, con un aspecto de viejo gato chamuscado.

Una noche, me acerqué a la puerta de cristales y, agazapado en el rincón más oscuro, tendí el oído hacia el teléfono. Alberto, acostado sobre el arcón, con las piernas dobladas hacia delante, sujetaba el auricular entre la oreja y el hombro, y movía continuamente los labios. Hablaba de forma tan queda, que ni siquiera una sílaba llegaba a mis oídos. Por un momento, temí que una de aquellas extrañas manías, que suelen hacer presa en los viejos, no impulsase precozmente a mi primo a mover los labios junto a un auricular sin hablar con nadie.

Pero pocos días después, me encontré a la novia. Me informé de que Alberto hablaba con ella por teléfono durante seis horas al día, y que vivían felices a través de esta conversación. La madre de Alberto, cuando le transmití estas palabras, empalideció de castos y profundos celos; y por la noche, nada más salir el hijo del cuartito, fue a sumergirse en aquella nube de humo, como si todavía sintiese el calor de las palabras.

Tras un año de matrimonio, me encontré a la mujer de Alberto y supe que había vuelto, en su nueva casa, al mutismo con el que había vivido en la casa paterna. Comparamos las pocas palabras que le dirigía a su esposa, con las que había dirigido a su madre. Y eran las mismas. Por la mañana: «¡Un par de calcetines!» Por la tarde: «¡Qué clase de betún usáis aquí!»

## Tristán, el Goncourt aprendiz...



«Extraviados» ha sido «best seller» en Francia. La versión española inaugura las actividades de una nueva editorial

(Viene de la página 1.ª)

— me dijo —; así no será un literato, sino un escritor.» Pintoresca autodefinición la de Tristan: «Un artista es el reflejo de sus obras, que no son sino reflejo de lo que el exterior ha reflejado en el interior de ese hombre.»

● Es compleja la personalidad de Frederick Tristan. Se llama realmente Jean Paul Baron y nació, en 1931, en Sedan. Es un hombre de empresa que se

mueve en el ambiente de la industria y el comercio textiles, que ha escrito veinte libros, ocultando siempre su identidad. Ha firmado como Jean Markadié, como Danielle Sarrera. Es autor de ensayos, de libros de viajes. Ha huido siempre de las grandes editoriales que se reparten los Goncourt, «Seuil», «Gallimard», «Grasset», y con esta novela, que es la décima que escribe, ha alcanzado cifras de venta asombrosas: cientos de miles de ejemplares.

● Publica la versión española una novela editorial, adscrita al grupo Catedra, que con este libro inaugura sus actividades. Se llama «Versal» y la dirigirá literariamente Wacquez.

Este comentarista nada puede añadir por el momento a los juicios emitidos por los críticos franceses. Prefiere una lectura sosegada a la precipitación que supone adelantarse con la novedad. Y así se queda hoy «Extraviados», como una noticia literaria. La pre-

sentación tendrá lugar dentro de unos días en Madrid y asistirá el autor.

● Todo indica que nos hallamos ante un inmediato «best seller». Ya lo es, con gran ventaja sobre otros, en Francia, pero aquí los gustos difieren. Y además bien sabemos que la literatura francesa pasa por instantes muy bajos en lo que a la novela se refiere. Buscan un autor, quizá una escuela con sello parisino. ¿Tendrá la respuesta Frederick Tristan?

E. G. R.

**PUEBLO**

*Cada día, un suplemento*



Mañana, miércoles...



**TOROS**

Coordinado por Manuel F. MOLES